

TEMES

Cercles. Revista d'Història Cultural 16/2013: 9-19

ISSN: 1139-0158

LAS ACTITUDES DE LOS INTELLECTUALES EN LA ESPAÑA DE LOS AÑOS SESENTA

Albert Balcells

Universitat Autònoma de Barcelona

Institut d'Estudis Catalans

RESUM. Este texto responde al encargo de hacer la presentación introductoria de la primera sesión del seminario sobre los intelectuales ante los retos de los años sesenta en España. Se presentan las actitudes de los intelectuales y la política en la dialéctica franquismo-antifranquismo, así como su reflexión ante los grandes debates y la recepción de las nuevas corrientes de pensamiento político, como el europeísmo, el antiamericanismo, el socialismo o el nuevo catolicismo posconciliar.

PARAULES CLAU. Intelectuales, franquismo, antifranquismo, europeísmo, antiamericanismo, Cataluña.

ABSTRACT. This text was written in response to the request to make the introductory presentation of the first session of the seminar on the challenges to intellectuals of the Spain of the sixties. We present the attitudes of intellectuals and politicians in the Francoism – anti-Francoism dialectic, as well as its reflection in the great debates and reception of new streams of political thought such as Europeanism, anti-Americanism, socialism or the new Post-Conciliar Catholicism.

KEY WORDS. Intellectuals, Francoism, anti-francoism, Europeanism, anti-Americanism, Catalonia.

Esta sesión trata de las actitudes de los intelectuales y la política en la dialéctica franquismo-antifranquismo. Las actitudes subyacen a las ideas y perduran más que estas aunque también evolucionan.¹ Los años sesenta son tan densos y en ellos se producen tales transformaciones que la caracterización de la situación al principio del decenio no es válida para el final del mismo, aunque lo tratemos aquí como una unidad.

Las generaciones que a principios de los años sesenta llegan a la edad adulta no han vivido la guerra civil y se niegan a seguir determinadas por la fractura que perpetúa el franquismo. Pero junto a esta ventaja sufren una desventaja: carecen de una tradición político-ideológica transmitida de forma normal. Todo lo que tiene que ver con los vencidos de 1939 carece de prestigio. Aunque esto afecta a los intelectuales de toda España, en el caso de Cataluña es especialmente grave porque también el catalanismo de preguerra de cualquier índole se encuentra afectado por esa desvalorización, y los jóvenes graduados universitarios han sido socializados bajo el franquismo, que les ha sometido a la diglosia y a la ignorancia de la cultura catalana y de su legado, de manera que han de redescubrirlos por su cuenta.² En toda España, los intelectuales jóvenes dependen en exceso de modelos exteriores coetáneos. Y ello a pesar de que durante los años sesenta, la historia más contemporánea del país da sus primeros pasos como disciplina con estatuto académico.³ Una idea de la falta de futuro de esos modelos exteriores de referencia entre los jóvenes intelectuales que no siguen el modelo soviético la da que se tratase de Yugoslavia, el primer castrismo cubano y el FLN argelino.

Solo el comunismo supera la fisura antes señalada, tal vez porque cuenta con un soporte y una referencia internacionales, y porque en Europa

¹ Javier MUÑOZ SORO (ed.), «Expediente: Intelectuales y segundo franquismo», *Historia del Presente*, n. 5, 2005; Francisco MORENTE VALERO, *Más allá del páramo. Los intelectuales durante el franquismo*, PDF. Proyecto HAR2008-02582/HIST.

² Joan SANSÓ, *La cultura catalana entre la clandestinitat i la represa pública, 1939-1951*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995; Albert BALCELLS, *Els Estudis Universitaris Catalans (1903-1985). Per una Universitat Catalana*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2011; Albert BALCELLS, Santiago IZQUIERDO y Enric PUJOL, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans II, De 1942 als temps recents*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007.

³ Ignacio PEIRÓ y Gonzalo PASAMAR, *Diccionario Akal de Historia Contemporánea Española (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002; Antonio SIMON i TARRÈS (dir.), *Diccionari d'Historiografia Catalana*, Barcelona, Enciclopèdia Catalana, 2003.

la influencia intelectual del marxismo es poderosa. Francia e Italia cuentan con partidos comunistas fuertes sin que estalle la guerra civil, que es el gran miedo que cultiva el franquismo. Sin embargo, los jóvenes intelectuales comunistas de nuestro país también han de partir de cero. Los primeros universitarios que han entrado en el PCE y en el PSUC a mediados de los años cincuenta lo han hecho después de una trayectoria independiente de la dirección en el exilio, que todavía sigue las directivas de Moscú y que aún es reacia a la cultura más moderna. La desestalinización queda incompleta. En la URSS se ve interrumpida por la defenestración de Kruchev, y, además, está el escándalo de la ruptura con la China maoísta. El alejamiento de los cambios socioeconómicos que están teniendo lugar en España en los años sesenta y el mantenimiento del dogmatismo de los militantes históricos se manifiestan en la expulsión de Fernando Claudín, Jorge Semprún y Francesc Vicens en 1965, así como el alejamiento de Solé Tura. Es la reacción a su crítica del voluntarismo de una directiva del PCE aferrada a la estéril tesis de la huelga general para acabar con el franquismo.⁴ Desde 1960, la revista *Nous Horitzons* logra la colaboración de intelectuales que no pertenecen al partido e intenta actualizar esquemas previos y, mientras tanto, el realismo social logra convertirse en el canon literario.⁵ Algunos años después, la directiva del PCE, siguiendo al Partido Comunista Italiano, condena la intervención soviética de 1968 en Checoslovaquia. Es una rectificación inconfesada que dará paso al eurocomunismo. El precio será una proliferación de grupos extremistas a la izquierda del comunismo oficial. Por otra parte, su intelectual más prestigioso, Manuel Sacristán,⁶ introductor de Gramsci y segundo director de *Nous Horitzons*, considerará, años después, que el eurocomunismo es la degeneración de la otra degeneración: el estalinismo. A partir de 1968, maoísmo y trotskismo disputan el terreno al comunismo que predica una reconciliación nacional inverosímil. De todas formas, los comunistas superan esas dificultades, y en los años setenta conocen su mejor momento. El marxismo acaba siendo la ideología hegemónica del antifranquismo,

⁴ Giaime PALA, *Teoría, práctica militante y cultura política del Partit Socialista Unificat de Catalunya*, tesis doctoral, Barcelona, Universitat Pompeu Fabra, 2009.

⁵ Carme CEBRIÁN y Marià HISPANO (eds.), *Nous Horitzons: l'optimisme de la voluntat, revista teòrica i cultural del PSUC*, Barcelona, Fundació Nous Horitzons-El Viejo Topo, 2011.

⁶ Juan Ramón CAPELLA, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Trotta, 2005.

incluso entre los intelectuales no comunistas. Por otra parte, el anticomunismo del franquismo desaconseja cualquier crítica del comunismo entre la intelectualidad progresista, incluso entre la que busca otros caminos. El obrerismo y el anticapitalismo reinan entre una intelectualidad progresista que en todo empresario ve un franquista.

La otra corriente que genera actitudes duraderas entre los jóvenes intelectuales es el progresismo cristiano. El personalismo de Mounier incrementa su anterior prestigio en los años sesenta. El Concilio Vaticano II, que deslegitima de manera indirecta al nacionalcatolicismo del régimen franquista, refuerza aquí al progresismo cristiano, que ya contaba con una expresión representativa en la revista *El Ciervo* y su círculo.⁷ El paso de la democracia cristiana al progresismo cristiano, que considera a los partidos demócratacristianos gobernantes como demasiado conservadores, se da en ambientes intelectuales como el que representa la nueva revista *Cuadernos para el Diálogo*, que resulta especialmente embarazosa para el régimen por estar fundada por su exministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez.⁸ *Cuadernos* no solo evita el partidismo y fomenta el pluralismo desde el principio –es uno de los focos del diálogo cristiano-marxista–, sino que también genera una editorial, cuyo primer libro es *Moral y sociedad* de Aranguren. Mayor alcance divulgador y general tuvo la revista *Triunfo* a partir de 1962.⁹

Un papel parecido juega *Serra d'Or*, bajo la protección indispensable de la Abadía de Montserrat, donde el abat Escarré rompe ruidosamente con el franquismo con sus declaraciones de 1963 al diario *Le Monde*. Pluralismo y modernidad presiden también el esfuerzo de renovación de la cultura en lengua catalana por parte de *Serra d'Or*.¹⁰ Edicions 62, fundada por el mismo círculo que *Serra d'Or*, pero con independencia de Montserrat, juega un papel importante, lo mismo que otra editorial creada

⁷ José Antonio GONZÁLEZ CASANOVA (ed.), *La revista El Ciervo. Historia y teoría de cuarenta años*, Barcelona, Península, 1992; Feliciano MONTERO, «Los intelectuales católicos, del colaboracionismo al antifranquismo, 1951-1969», *Historia del Presente*, n. 5, 2005, pp. 41-68.

⁸ Javier MUÑOZ SORO, *Cuadernos para el Diálogo (1963-1976). Una historia cultural del segundo franquismo*, Madrid, Marcial Pons, 2006.

⁹ Alicia ALTED y Paul AUBERT (eds.), *Triunfo en su época*, Madrid, Casa Velázquez-Ediciones Pléyades, 1995.

¹⁰ Carme FERRÉ PAVÍA, *Intel·lectualitat i cultura resistent. Serra d'Or, 1959-1977*. Barcelona, Galerada, 2002.

en los círculos de la juventud obrera católica: Nova Terra,¹¹ sin olvidar el papel destacado de Ariel. El círculo de Serra d'Or da lugar a Gran Enciclopèdia Catalana, donde colabora gran parte de la nueva intelectualidad, y esta empresa ambiciosa sale adelante superando crisis sucesivas.¹² El intelectual valenciano Joan Fuster se convierte en uno de sus referentes principales.¹³ Al mismo tiempo, a lo largo de los años sesenta, la revista barcelonesa *Destino* evoluciona en un sentido crítico que le cuesta sanciones.¹⁴

Mientras tanto, en Madrid reaparece a partir de 1963 la *Revista de Occidente*, continuadora de la tradición orteguiana liberal. En el terreno culturalista en que se mueve no tiene grandes problemas y, además, el legado orteguiano ya no es asumido entonces por la mayor parte de la intelectualidad antifranquista a pesar del prestigio y la actividad de Julián Marías.¹⁵

El peso y la influencia del exilio de 1939 son muy perceptibles en los años sesenta. Ello es compatible con el hecho de que las publicaciones en el extranjero jueguen un importante papel en el antifranquismo intelectual, y su principal foco es Ruedo Ibérico a partir de 1961 desde París. Pero sus libros y sus *Cuadernos* procedían sobre todo del interior, igual que los jurados de sus premios.¹⁶ El *Boletín de Orientación Bibliográfica* del Ministerio de Información y Turismo se considera obligado a reseñar y criticar las publicaciones de Ruedo Ibérico, que llegan regularmente de manera clandestina a España.

La cultura cristiana progresista entra en crisis a partir de 1970, tanto en el terreno editorial, debido a la superproducción, como en el religioso, por la decepción a causa de la aplicación minimalista del Concilio Vaticano

¹¹ Dolors MARÍN y Agnès RAMÍREZ, *Editorial Nova Terra, 1958-1978. Un referent*, Barcelona, Editorial Mediterrània, 2004.

¹² Marta VALLVERDÚ, «La Gran Enciclopèdia Catalana, crònica d'una aventura», *L'Avenç*, n. 370, 2011, pp. 46-57.

¹³ Gustau MUÑOZ (ed.), *Joan Fuster i l'anàlisi de la realitat social*, València, Universitat de València, 2009.

¹⁴ Carles GELI y Josep Maria HUERTAS CLAVERÍA, *Las tres vidas de Destino*, Barcelona, Anagrama, 1991.

¹⁵ Helio CARPINTERO, *Julián Marías, una vida en la verdad*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

¹⁶ Albert FORMENT, *José Martínez: la epopeya de Ruedo Ibérico*, Barcelona, Anagrama, 2000; María Arantzazu SARRIA BUIL, *Cuadernos de Ruedo Ibérico (1965-1971). Exilio, cultura de oposición y memoria histórica*, tesis doctoral, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 2001.

II. Una parte del progresismo cristiano acabará incluso entrando en el PSUC en 1973. Se trata del grupo de Cristianos para el Socialismo, liderado por Alfonso Carlos Comín.¹⁷ Globalmente, el progresismo cristiano contribuye a atenuar de manera considerable la tradición anticlerical de las izquierdas, y fomenta la esperanza de que no se recaiga en ella.

Dos actitudes que condicionan a muchos intelectuales en los años sesenta son el europeísmo y el antinorteamericanismo. Del europeísmo como sinónimo de democracia están alejados los comunistas a principios de los años sesenta, debido a la guerra fría, que pronto da paso a un deshielo parcial. La hostilidad comunista al europeísmo se va desarmando a medida que los comunistas salen de su aislamiento interior, cosa que ocurre a finales del decenio. Un golpe para la España franquista es la no aceptación de su ingreso en el Mercado Común Europeo en 1962 con el «contubernio» de Múnich, donde José María Gil Robles y Rodolfo Llopis se dan por primera vez la mano, y en donde coinciden intelectuales antifranquistas del interior y del exilio.¹⁸

El «contubernio de Múnich», presentado como una traición a la patria por la prensa franquista, no detiene, sino que incentiva el despliegue de la propaganda desarrollista, cuya incidencia no hay que infravalorar. El mismo Consejo de Ministros que aprueba el fusilamiento de Julián Grimau en 1963 celebra al año siguiente la campaña de los XXV Años de Paz, organizada por el ministro de Información Fraga Iribarne, el mismo de la Ley de prensa que deroga en 1966 la censura previa, pero que amenaza a editoriales y revistas con sanciones y secuestros que más adelante serán aplicados sin contemplaciones.

No hay que identificar la historia del franquismo con la memoria del antifranquismo. El régimen, ya distanciado del falangismo, se beneficia del decenio de mayor crecimiento económico del siglo en España, que recupera el tiempo perdido con la fracasada autarquía. El incremento de las capas medias, de las que forman parte los intelectuales, constituye una esperanza de democratización y de homologación política con el resto de Europa

¹⁷ Francisco MARTÍNEZ HOYOS, *La cruz y el martillo. Alfonso Carlos Comín y los cristianos comunistas*, Barcelona, Ediciones Rubeo, 2009.

¹⁸ Pilar de PEDRO y Queralt SOLÉ, *30 anys d'història de l'europeisme català, 1948-1978. El «contuberni» de Munic*, Barcelona, Mediterrània, 1999; Carlos LÓPEZ GÓMEZ, «El europeísmo en España. La sociedad civil ante el proceso de construcción europea», *Circunstancia*, n. 25, 2011.

occidental. De momento, sin embargo, el crecimiento y el pleno empleo generan un amplio conformismo político. El tardofranquismo consigue hacer compatibles el desarrollo económico y el inmovilismo político frustrando a las minorías concienciadas, que de este modo tienden a la radicalización ideológica. La dictadura ya no se justifica por sus orígenes bélicos, sino por sus logros materiales. Gonzalo Fernández de la Mora publica *El ocaso de las ideologías y El Estado de Obras*.¹⁹ Se atribuye a Laureano López Rodó la frase de que cuando España alcance los mil dólares de renta per cápita podrá haber democracia de partidos. Pero ambos, Fernández de la Mora y López Rodó, son los encargados de redactar la Ley Orgánica del Estado de 1966, que marca los límites de la posible evolución. Se prevén asociaciones políticas –no partidos–, pero todo sigue igual y orientado a una salida monárquica en manos exclusivamente de Franco. El resultado del referéndum de 1966, ganado sin alternativa como en las dictaduras plebiscitarias clásicas, no deja de ser una muestra del conformismo antes indicado. Y ello a pesar de que el régimen ha de superar dificultades, porque la oposición antifranquista, casi a cara descubierta, lo desafía. Se derrumba el SEU. Las manifestaciones estudiantiles de 1965 en Madrid se saldan con la expulsión de los catedráticos Aranguren, García Calvo y Tierno Galván, solidarizados con los estudiantes antifranquistas en pro del derecho de asociación.²⁰ Por solidaridad, José M. Valverde dimite en la Universidad de Barcelona y se exilia. En 1965, en la misma facultad, no se le renueva el contrato de profesor a Manuel Sacristán. Al año siguiente, en las elecciones sindicales, logran la victoria las candidaturas promovidas por CC.OO.. En el convento de los capuchinos de Sarrià se constituye el Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona con la respuesta, por parte del régimen, de muchos delegados estudiantiles sancionados y 69 profesores expulsados, si bien, algunos años después, muchos de ellos se reintegrarán, aunque no todos. La campaña «Volem bisbes catalans» desafía al régimen. Una manifestación de curas y frailes contra las torturas infligidas a un dirigente estudiantil es disuelta por

¹⁹ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS, *Conservadurismo heterodoxo: tres vías ante las derechas españolas: Maurice Barrès, José Ortega y Gasset y Gonzalo Fernández de la Mora*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.

²⁰ Miguel Ángel RUIZ CARNICER, Marc BALDÓ y Elena HERNÁNDEZ, *Estudiantes contra Franco, 1939-1975*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007.

la policía a golpes de porra en el centro de Barcelona. Pero, de momento, el franquismo parece ahogar con la represión unas muestras de descontento que han conseguido la simpatía de personas no afiliadas a los minúsculos grupos políticos clandestinos. En cambio, después de la reacción del episcopado contra los movimientos seglares, el nombramiento de Vicente Enrique y Tarancón como presidente de la Conferencia Episcopal Española en 1971 señala una inflexión de distanciamiento respecto al régimen incluso de la jerarquía eclesiástica.

El decenio acaba por parte del franquismo con un palo y una zanahoria. El palo es el estado de excepción de 1969 –más vale prevenir que curar ante el mayo francés del 68–, y la zanahoria es la Ley General de Educación de Villar Palasí de 1970, la reforma más importante desde la ley Moyano de 1857, una reforma que sitúa a sus críticos por la izquierda a la defensiva, ya que solo pueden argumentar que será inaplicable sin una reforma fiscal. La ideología del desarrollismo tecnocrático conserva, a pesar de todo, su atractivo mientras hay desarrollo y pleno empleo, es decir, hasta la larga crisis económica general iniciada en 1973, que se verá agravada por la falta de respuesta de una dictadura que seguirá dando zarpazos.

Pero 1970 es también el año del encierro en Montserrat de 300 intelectuales catalanes para reclamar que no se ejecuten las penas de muerte contra los etarras condenados por el consejo de guerra de Burgos. De la reunión y el éxito de su proyección exterior surge la Assemblée Permanent d'Intel·lectuals Catalans, uno de los puntales fundadores de la Assemblée de Catalunya el año siguiente, la primera plataforma unitaria, años antes de las españolas. En aquella plataforma se une el antifranquismo anticapitalista con la lucha por la recuperación de la autonomía de Cataluña. La Festa de les Lletres Catalanes, que venía alcanzando relieve público a lo largo de los años sesenta, no se celebra en 1970 por hallarse buena parte del jurado en Montserrat.²¹ También se concede ese año por segunda vez el Premi d'Honor de les Lletres Catalanes, creado por Òmnium Cultural, que recae en el poeta Pere Quart, Joan Oliver, un intelectual emblemático del exilio de 1939 que se había repatriado en 1948. Con ello se consagra la colaboración de intelectuales de izquierdas con el círculo de empresarios

²¹ Josep FAULÍ, *Mig segle de la Nit de Santa Llúcia. La Festa de les Lletres Catalanes (1951-2000)*, Barcelona, Òmnium Cultural, 2000.

fundadores de Òmnium, después haber superado los recelos mutuos. Òmnium Cultural se crea en 1961 para defender la cultura y la lengua catalanas, amenazadas de extinción por el franquismo, y la nueva entidad sufre cuatro años de clausura gubernativa entre 1963 y 1967.²²

En los años sesenta, en el régimen hay todavía muy pocas defecciones. Dos resultan sonadas, aunque son pocos aquellos a los que arrastran tras de sí. Nos referimos a la de Dioniso Ridruejo y la de Rafael Calvo Serer. Los dos habían polemizado entre sí dentro del campo del régimen en los años cincuenta, cuando Ridruejo todavía no había roto con el falangismo y Calvo Serer era un profesor integrista opusdeísta. En los años sesenta, ambos están de acuerdo –cada uno por su lado– en que la única salida es una monarquía constitucional. El Ridruejo de *Escrito en España* se inclina por una línea socialdemócrata y confía en las nuevas clases medias.²³ Calvo Serer, junto con Antonio Fontán, pasa a controlar el diario *Madrid* en 1966 y lo convierte en un portavoz liberal, que se prohíbe en 1971 y cuyo edificio resulta dinamitado en 1972. Exiliado, Calvo Serer acabará en París del brazo de Santiago Carrillo en la Junta Democrática de 1974. Ridruejo, en cambio, se mantiene alejado de los comunistas, a la vez que adopta un federalismo que pueda lograr el encaje satisfactorio de Cataluña en España, un federalismo que hoy continúa rechazado no solo por la derecha, sino también por el PSOE.

La otra actitud de muchos intelectuales es el antiamericanismo. Tiene su origen en el pacto hispano-americano de 1953, las bases americanas y el apoyo estadounidense a las dictaduras iberoamericanas, y luego se refuerza con la oposición a la guerra de Vietnam y el golpe de Pinochet en Chile. Pero se da la paradoja de que en los años sesenta son los dólares americanos de algunas fundaciones estadounidenses los que, mediante el Congreso por la Libertad de la Cultura, subvencionan en España encuentros de intelectuales que quieren preparar la democracia frente al franquismo. En 1967 se demuestra la implicación de la CIA, con el consiguiente escándalo. Antes, no había habido interés en hacer preguntas indiscretas, aunque se

²² Josep FAULÍ, *Els primers 40 anys d'Òmnium Cultural*, Barcelona, Proa, 2005; Marta VALLVERDÚ, «Els primers anys d'Òmnium Cultural (1, 2)», *L'Avenç*, n. 374, 2011, pp. 26-35 y n. 375, 2012, pp. 44-51.

²³ Francisco MORENTE, *Dionisio Ridruejo, del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006; Jordi GRACIA, *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*, Barcelona, Anagrama, 2008.

podiese sospechar el origen de la ayuda. Y es que en Washington también se piensa de manera inteligente en un posible recambio democrático no violento para España. Al margen de esto, hay que tener en cuenta que si por un lado existe antiamericanismo, por otro, también de EE.UU., llegan a la península iconos y modelos de oposición al sistema, de manera que el antiamericanismo es relativo, aunque se traduzca en un duradero antiatlantismo, que apenas afecta al europeísmo hispano, a pesar del interés americano inicial en la unificación europea occidental.

El diálogo entre intelectuales castellanos y catalanes, llevado por el momento con mucha discreción, conoce a largo de los años sesenta progresos importantes que hacen mella en algunos intelectuales antifranquistas del centro de España, que hasta entonces eran indiferentes y hasta hostiles a la cuestión de la identidad catalana. Poco a poco, y no sin dificultad, van aceptando que sin autonomía para Cataluña no habrá democracia en España. Un episodio público y notorio de ese diálogo es la cortés polémica pública de 1965 entre Julián Marías y Maurici Serrahima, dos demócratas. Sometida a las limitaciones de un contexto represivo, tiene el mérito de superar el tabú que pesaba sobre el tema.

Los intelectuales están inmersos en la España del desarrollismo tecnocrático. A diferencia de los antiguos fascismos, la abstención política y la desmovilización que fomenta el tardofranquismo, crean un vacío que los intelectuales antifranquistas –los jóvenes y los maduros– se sienten llamados a llenar. Pero, por otro lado, la ideología del desarrollismo resulta atractiva mientras dura el desarrollo, y la gran mayoría de los intelectuales antifranquistas, excepto algunos nuevos exiliados, dentro del país se ganan la vida en el sector servicios –público y privado–, que está en plena expansión, realidad cotidiana que ofrece una visión más prosaica y menos heroica de aquella época.

La cuestión radica en saber hasta qué punto el franquismo perdió a los intelectuales a lo largo de los años sesenta, si es una deformación interesada en considerar que fue así, o si muchos intelectuales permanecieron dentro del régimen pero con una predisposición a apoyar una democratización posfranquista. Los portavoces del franquismo en ese decenio empiezan a identificar a los intelectuales como externos al régimen y como adversarios en bloque. También hay que esclarecer el grado de influencia que los intelectuales más o menos antifranquistas tuvieron

durante ese decenio en la cultura de masas, en la que el Estado franquista contaba con un instrumental todavía muy potente, como era la única televisión. El franquismo no se mantuvo pasivo, y para responder al reto creó, en la segunda mitad de los años sesenta, la Dirección General de Cultura Popular y Espectáculos del Ministerio de Información y Turismo.

La democracia es en aquel momento, para una buena parte del antifranquismo, solo un instrumento. Por más justificadas que estén las críticas a las limitaciones de la democracia representativa y liberal, la concepción instrumental de la democracia no es la más adecuada para el pluralismo y la alternancia en el poder que le son propias. Esa concepción tampoco señala la manera de caminar hacia el socialismo en el marco del pluralismo. Forma parte de las actitudes de la intelectualidad de los años sesenta esa ambigüedad hacia la democracia europea occidental, envidiada pero criticada como un sistema que debe superarse sin haber conseguido alcanzarlo. Definir a alguien como socialdemócrata en aquella época es casi una descalificación. La represión no es el marco más apropiado para aclarar los puntos antes indicados, y la lucha perentoria contra el franquismo tiene una significación práctica democrática pero al mismo tiempo elude unas cuestiones que más tarde no habrá más remedio que esclarecer con todas sus consecuencias. El mayo francés del 68 vino a corroborar todas las críticas del antifranquismo hacia la democracia burguesa sin que en España existiese un mayo del 68.